

SOLEDAD BIANCHI

HACIENDO CHILE EN EL EXILIO

Manuel Alcides Jofré

Soledad Bianchi, ex profesora de literatura de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica de Valparaíso, enseña desde hace nueve años en la Universidad de París Norte.

Durante su exilio, su preocupación primordial ha sido Chile, su literatura y su cultura. Sus estudios sobre la nueva poesía chilena de dentro y de fuera culminaron el año pasado con la publicación de Entre la lluvia y el arcoiris, Antología de jóvenes poetas chilenos, donde se incluyen 17 poetas nacionales entre 1941 y 1961 (Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam).

Socióloga de la literatura, a la vez que estructuralista, Soledad Bianchi ha publicado artículos sobre Puig, Droguett, Arlt y Gabriela Mistral, como así mismo sobre el Canto Nuevo, los problemas de la identidad nacional durante el autoritarismo y, en especial, sobre los desafíos que enfrentan las expresiones artísticas y culturales durante el proceso de redemocratización.

¿Cuál es tu visión de la poesía chilena joven?

Lo que yo conozco es sólo una parte de lo publicado en el exilio y aquí en Chile, debido a la dificultad de obtener los libros o conectar a la gente. A mi modo de ver, la literatura es una de las disciplinas artísticas más ricas de este tiempo. En estos 11 años ha habido una explosión de poesía, de escritura. Hay una gran riqueza en la poesía chilena, y esa riqueza está en su diversidad. Hay muchas formas de expresión, y no se puede decir que predomine una tendencia. Lo que existe es una multiplicidad de tendencias.

¿Cómo se ve en este marco la poesía vanguardista de Zurita, por ejemplo?

El fenómeno de Zurita en Chile no es aislado; desde un comienzo se le reconocen ciertos seguidores que después se independizan y hacen su propia poesía, como por ejemplo Antonio Gil y Carlos Cociña. Hoy día tienen ellos su propia voz, y no se puede decir que sean continuadores de Zurita.

“Curiosamente, en Europa también hay chilenos que al mismo tiempo hacen una poesía más o menos similar. Por ejemplo, Antonio Arévalo, en Roma. Hay muchas formas de expresarse en poesía. Afuera hay también una poesía más militante, seguidora de Neruda del yo profético, del yo salvador, hecha por gente que se ve casi en la obligación ética de hacer algo por Chile y que lo expresa



escribiendo poesía. Es gente muy joven, que empezó a escribir afuera, y como la gran figura es Neruda, ellos son un poco hijos de Neruda. En el interior, esta corriente que se ha dado en llamar vanguardia, y a la cual yo denominaría más bien rupturista con respecto de la tradición dominante, está aún cerca de los grandes olvidados, como Rosamel del Valle y Díaz Casanueva”.

También hay diferencias entre las dos caras de la poesía chilena...

Como alguien dijo, la literatu-

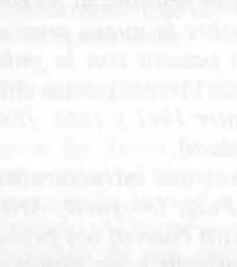
ra chilena es un pájaro con dos alas, pero es una sola realidad. En el momento en que podamos recolectar todo lo que se produjo dentro y afuera, eso será la poesía chilena de este tiempo y tendrá dos pies, dos caras. Y porque nacen en contextos sociales distintos, tienen rasgos diferentes. La poesía de Antonio Arévalo, Gustavo Mujica y Mauricio Radolés, fuera de Chile, puede ser acercada a la producción de Diego Maquieira, Gonzalo Muñoz y Raúl Zurita. Redolés, por ejemplo, que nació en 1953 y vive en Inglaterra, incorpora palabras en inglés a su poesía, es decir, inscribe el exilio en su escritura. Esta incorporación se hace al español de Chile, con sus típicos modismos y con mucho humor e ironía.

¿Y qué ha pasado con la narrativa chilena en el exilio?

En narrativa lo primero que se produjo fueron los testimonios. El mejor es *Tejas Verdes*, de Hernán Valdés. La narrativa del primer momento se caracterizó por un signo testimonial, donde se incorporaba la realidad del último tiempo, fuera Unidad Popular o golpe de estado, enarbolándola y haciéndola novela, es decir, incorporando ficción y realidad. Ese momento ya pasó. Después se incorporan nuevos temas, hay otra mirada. Pienso, por ejemplo, en *A partir del fin*, de Hernán Valdés, una gran novela que me golpeó mucho porque hace reflexionar, no da todo hecho y mete al lector en problemas que realmente existieron, como novela, no como testimonio ni como documento. Muestra ciertos problemas del periodo 1970-1973 que yo no viví, pero que sin embargo es muy bueno que los pensemos de nuevo para enfocar el futuro. Al principio no hubo mucha distancia con respecto a lo sucedido, porque todos estábamos tremendamente golpeados. Ahora es más adecuada la distancia temporal que existe. En el primer momento, los escritores sintieron que tenían que fijar su denuncia, pero ahora el momento es otro y se puede mirar con una diferente perspectiva.

También te has preocupado de la cultura chilena...

Mirado desde el punto de vista



Borges sea uno de los autores más latinoamericanos debido justamente a esta mezcla. Así somos y así tendríamos que vernos. Y lo rico sería reconocer todo eso.

“Lo que ahora más me preocupa es tratar de ser lo menos dogmática posible, para mirar para todos lados, tratar de incorporar cosas al máximo, cosas que muchas veces una se negó a mirar. Tal vez esto sea una reacción a un modo de hacer política que es reductor, que parcializa las cosas, que las corta, que las simplifica. La realidad es mucho más rica, y tiene miles de caras, muchos olores, colores y sabores, y trataría en especial de captar varios de esos ritmos a la vez.

Estos años de exilio han influido mucho en ti...

El exilio ha sido una experiencia muy dolorosa y también lo habría sido haber vivido en el país. En toda situación límite uno tiene que cambiar. El exilio es una de las formas de la represión. En esta situación límite nadie puede quedar como era. Armando Uribe, en un libro que no ha sido traducido del francés y que se titula *Caballeros de Chile*, dijo que el exilio no es estar aquí ni allá, es no estar en ninguna parte. Yo he trabajado todos estos años en Chile y sobre Chile. Me he dedicado casi exclusivamente a la literatura chilena y al movimiento artístico y cultural chileno, pretendiendo casi intervenir en Chile, lo que obviamente no puede ser. Esa es la esquizofrenia del exilio, creo yo.

¿Y cómo te sientes ahora en Chile?

Ahora que regresamos a Chile, vengo como el lobo antes de comerse a la Caperucita Roja, con los ojos muy abiertos y las orejas muy grandes, para ver y oír todo, y para buscar. Después de nueve años ha sido muy rico reencontrarme, ver a los amigos, sentirme casi como si no hubiera salido nunca. La gente nos dice: ‘ustedes están triunfando, tienen todas las posibilidades allá, cómo es posible que quieran venirse a un país difícil, con dictadura, con problemas económicos’. La respuesta es obvia: esto es lo de uno; si estamos en el exilio es porque uno quiso cambiar la sociedad chilena de una determinada manera, y por cierto aún queremos cambiarla, con la madurez que da el exilio, con la madurez que da el interior, y por eso creo que esa sociedad, otra que buscamos crear, va a ser algo mucho mejor ahora que la que queríamos antes. □

de mi profesión, consideré que la literatura era demasiado parcial, que mostraba muy poco, e intenté una visión más amplia. Durante los últimos nueve años, yo he vivido en Chile sin estar en Chile. Trataba de leer al máximo diarios y revistas de Chile, casi en forma enfermiza. Hacia 1978 se decía que casi no había artista con la dictadura y se pensaba que no había una política cultural del régimen. Sin embargo, mis lecturas me decían que había un movimiento y una política cultural del autoritarismo, que comenzaba a expresarse muy claramente, después de la destrucción inicial, y donde había un intento de acercar lo cultural a la política económica del régimen, con esto de la privatización, por ejemplo. Hoy nadie diría que no hay una política cultural del autoritarismo. Me parece, sin embargo, que somos a veces un poco voluntaristas, un poco sectarios, y para mostrar lo negativo del régimen tendemos a negar todo.

¿Esta problemática no está relacionada con la identidad cultural del chileno?

Sí. En Francia se ríen un poco de nosotros, los latinoamericanos, porque siempre estamos hablando de

la identidad, y eso no es algo que a ellos les preocupe. Por primera vez, en Europa, yo me sentí profundamente latinoamericana, perteneciente a un continente. Lo que pasaba en Argentina me dolía tanto como lo que pasa en Chile. Además, afuera uno conoce muchos latinoamericanos.

“Yo creo que este tema de la identidad ha sido tocado un poco sectaria y dogmáticamente. Cuando yo era adolescente, oía mucha radio, a Ricardo García, a Julio Gutiérrez, a Elvis Presley. Y Elvis Presley era tan mío como Violeta Parra. El sectarismo con que se enfoca la identidad, por ejemplo, es decir que todos somos indios. No somos ni indios ni europeos, sino que somos la mezcla de todo eso: somos indios, somos europeos, somos norteamericanos”.

¿Y cómo se ve nuestra identidad cultural desde Europa?

En Europa y en Francia hay la tendencia a mirarnos exóticamente. En literatura se privilegia la rama selvática; por ejemplo, García Márquez. Creen que en América Latina todos andamos con la magia por todos lados. Borges para ellos no es latinoamericano, es europeo, y quizás